

Elogio de Ernesto de la Peña

Cuatro momentos

Jaime Labastida

En estos discursos, pronunciados durante la concesión de tres importantes reconocimientos y en las exequias al historiador, traductor y filólogo Ernesto de la Peña, el poeta y filósofo Jaime Labastida destaca el papel fundamental del pensador, del intelectual que busca ilustrar a quienes se aproximan a su obra.

I. ENTREGA DEL PREMIO INTERNACIONAL ALFONSO REYES

El Premio Internacional Alfonso Reyes fue concebido, desde sus orígenes, para honrar no sólo la memoria del enorme y sabio escritor regiomontano que fue Alfonso Reyes sino, al propio tiempo, para honrar, a través de él, a quienes se aproximan a su perfil de humanista y de escritor anclado en su tiempo, al perfil de aquel mexicano universal que estuvo siempre abierto a todas las corrientes del pensamiento, de todas las latitudes y de todas las épocas: desde Grecia hasta hoy, desde Grecia hasta la América nuestra.

Reyes fue un humanista, un hombre generoso que supo dejar de lado su desdicha personal para servir de cuerpo entero a la nación. Muerto su padre, Reyes pudo haber rumiado amargamente su rencor, alejarse de todo y de todos y llorar, a solas, su desgracia en el exilio. No lo hizo así. Por el contrario, dedicó su enorme talento a las causas más nobles de nuestro país: le sirvió en la diplomacia y en la academia y, por encima de todo, le prestó a México el más alto de los servicios: le ayudó a pensar con claridad, en la medida en que escribió con una prosa límpida y transparente, como no la había conocido nunca antes el idioma español. Así lo dijo el propio Jorge Luis Borges, *il miglior fabbro*, como dijo T. S. Eliot de Ezra Pound.

Por esa causa, cuando hace ya seis años se pudo trasladar este premio a Monterrey, la Sociedad Alfonsina Internacional, el gobierno del estado de Nuevo León y las instituciones académicas del estado (hablo, desde luego, de la Universidad Autónoma de Nuevo León y del Tecnológico de Monterrey) cumplieron un anhelo: descentralizar la cultura y reconocer la dimensión universal de esta ciudad, la ciudad de Alfonso Reyes (puesto que desde entonces, desde que en ella nació Reyes, es universal por su destino).

Han recibido este premio los más importantes escritores de México y de América; los mejores escritores y pensadores de Europa. Hoy lo recibe quien es, sin duda, uno de nuestros más grandes humanistas, Ernesto de la Peña. Hombre ávido, si pudiera decirse así, que ha devorado materialmente la literatura en multitud de lenguas, que posee el conocimiento más amplio que nadie pueda imaginar de los idiomas clásicos, del sánscrito al hebreo, del griego al latín y las lenguas eslavas. Ernesto de la Peña es un auténtico pozo de sabiduría; también, ¿por qué no?, es un auténtico gozo de sabiduría.

Sus intervenciones en la Academia Mexicana de la Lengua, en donde ocupa la Silla XI, sobre cualquiera de los temas que surgen de improviso en el curso del debate, llenas de sensatez y de erudición, no dejan de asombrar a todos cuantos las oímos. No importa que sean

asuntos de literatura clásica (helena, latina o hebrea); o temas contemporáneos de ópera, literatura o de cultura popular, lo que diga Ernesto de la Peña se encontrará signado por una sabiduría fina, una precisión sutil, un matiz que revela su inteligencia. Habla del tema como si se abriera de súbito un libro, así son su memoria y su conocimiento. Pero para hablar y escribir como habla y escribe Ernesto de la Peña se necesita, además de inteligencia, de una prodigiosa memoria y una infinita paciencia. ¿Cuántos años de su vida ha dedicado Ernesto de la Peña a los estudios clásicos? Más de los que nadie puede suponer.

Ernesto de la Peña igual escribe de la rosa que de la razón política en la India (traduce los textos de Kautilya); tanto de Homero cuanto de algún grave problema teológico en la *Biblia*; sostiene lo mismo una interpretación delicada en el *Corán* que en la *Kábala*. Hombre extraño, especialista en las religiones que, sin embargo, no es religioso ni profesa ningún credo. Sólo sucede que es un hombre ávido, acaso voraz, un hombre al que, como lo establece Terencio, *nada humano le es ajeno*.

Por si lo anterior fuera poco, deberé añadir que Ernesto de la Peña es un hombre con los pies hincados en su tierra y en su época. Es pensador y humanista y, al propio tiempo, aunque no sea hombre de acción, está atento a los asuntos contemporáneos; diré más, es un hombre al que sus vastas y complejas lecturas no lo han apartado nunca de los problemas cotidianos. Es un humanista al que sus estudios clásicos jamás lo han alejado del gozo de vivir y de reír, de gozar la vida con un enorme sentido del humor.

¿Cuántas lenguas lee y traduce Ernesto de la Peña? ¿Treinta, acaso? Lo cierto es que ha traducido los *Evangélicos* a partir de la versión griega de los Setenta, gracias a la cual el cristianismo dejó de ser patrimonio de un pequeño sector de la humanidad para volverse una religión universal. Esta hazaña de la cultura se debe a la disposición de los Ptolomeos y al hecho de que el griego era la lengua culta de la época.

Por estas causas, el Jurado del Premio Internacional Alfonso Reyes determinó, por unanimidad, otorgarle el premio del año 2008 a Ernesto de la Peña, humanista universal, como Alfonso Reyes.

Monterrey, Nuevo León, 8 de octubre de 2008

II. ENTREGA PÓSTUMA DE LA MEDALLA

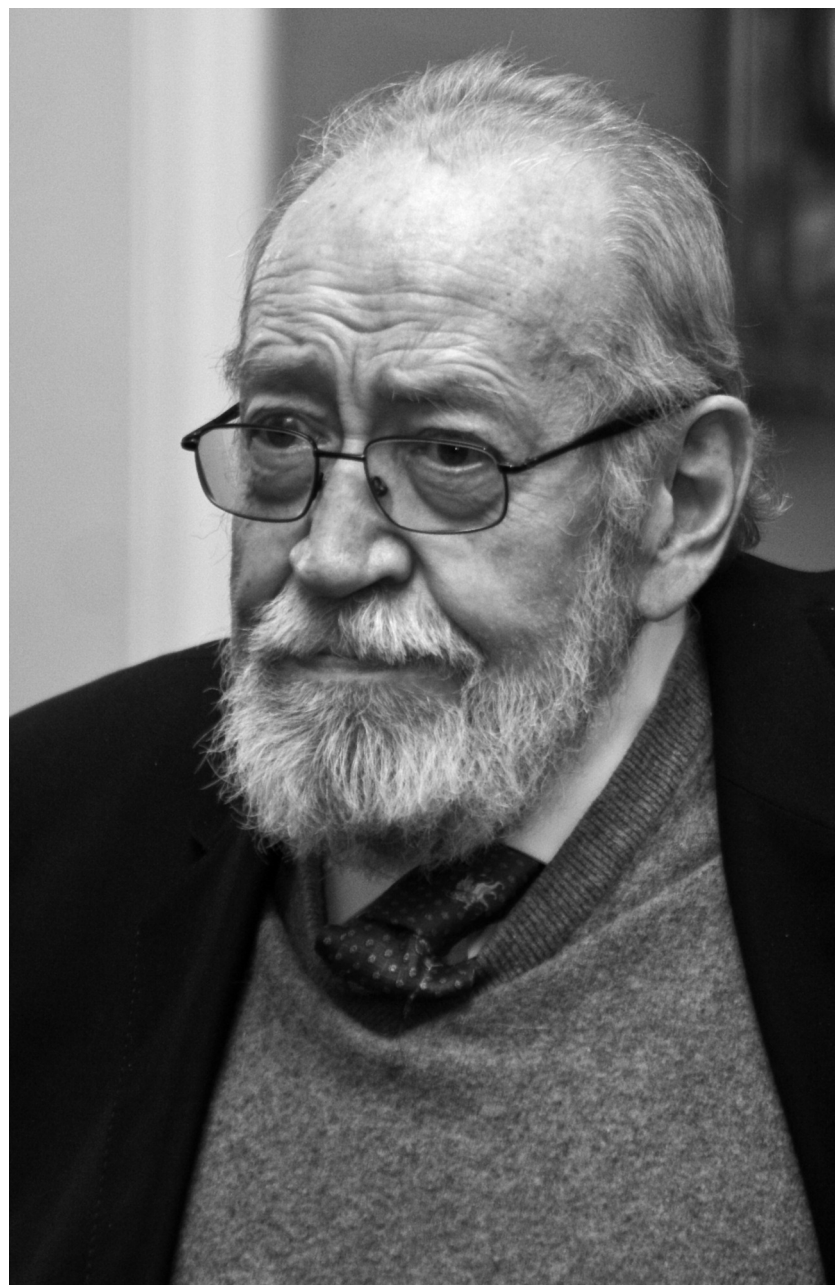
BELISARIO DOMÍNGUEZ POR EL SENADO DE LA REPÚBLICA

Debo confesar que mi primera reacción fue de sorpresa. ¿Cómo, me dije, mi amigo Ernesto de la Peña ha sido propuesto a la medalla Belisario Domínguez? Creo, me dije otra vez, que esta medalla se otorga a luchadores sociales, a personas que han levantado su voz contra

la injusticia; a personas que, a semejanza de don Belisario Domínguez, se oponen a los tiranos y ejercen, con riesgo de su vida, la libertad de expresión en su más alto grado. Es imposible, me dije una vez más, que esa medalla le sea otorgada a un humanista como Ernesto de la Peña, un hombre que, por si lo anterior fuera poco, parecía inmune a los dictados de la política activa; que le placía encerrarse entre libros, estudiar manuscritos, escharbar en lenguas antiguas.

A esa primera reacción de sorpresa le sucedió otra, mayor y tal vez de signo contrario, un sentimiento, lo diré así, de inmensa alegría, al saber que el Senado de la República le había concedido la Medalla Belisario Domínguez correspondiente a este año de 2012, el año en que falleció, a Ernesto de la Peña.

Quise entender la razón, examinar la causa de este hecho (insólito, para mí). Sé que en otras ocasiones el Senado de la República ha distinguido la tarea de los intelectuales que contribuyeron, con su pensamiento y



Ernesto de la Peña

con su acción, a resolver los graves asuntos de la *res publica*. Pero no es el caso de Ernesto de la Peña, hombre que parecía hecho de alguna materia extraña, ajena desde luego a los problemas inmediatos y, más aún, a los temas de la política; que semejaba vivir en otra época y que, sin embargo, tenía los pies bien puestos en la Tierra.

Ernesto de la Peña gozaba al leer un texto en sánscrito, al traducir del griego antiguo a los filósofos presocráticos, al hurgar en los escritos de Rabelais, de Villon o de Proust. Pero también amaba la música moderna y el buen vino y los refranes del pueblo mexicano. Era, acaso, lo que podría llamarse *un buen ciudadano*, sin otro adjetivo más, que acudía a votar, tal vez sin demasiado entusiasmo; que pagaba sus obligaciones fiscales de modo puntual; que cumplía con sus deberes cívicos, podría decirse así, sin que eso le causara mayor placer ni lo distinguiera, por ello solo, de otros ciudadanos, tan comunes, pues, y tan corrientes como él. ¿Por qué, re-

pito mi pregunta, el Senado de la República le concede la Medalla Belisario Domínguez a un hombre así, sumido en sus estudios humanísticos?

Aclaro, antes de continuar, que me parece necesario que el Senado distinga con esta medalla a los luchadores sociales; que es imprescindible, sin duda, para la buena marcha del país, que haya personas que reclamen, en el nombre de otros, derechos conculcados y que asuman la voz de quienes no pueden o no se atreven a levantar su voz contra la injusticia. Así ha sido. Así será. Tal es el sentido original de esta medalla: reconocer la valentía de quienes, aun a costa de su vida, luchan por un mundo más justo. Pero, lo creo también, hay diversas maneras de hacer de este mundo, aunque sea en una medida escasa, un mundo más digno y más justo.

No sé, por lo tanto, si las causas que propondré ante ustedes hayan sido las que movieron al Senado de la República a tomar la decisión que ahora tomó. Pero, si no lo fueron, para mí bastarían y sobrarían: serían tal vez el indicio de que algo empieza a cambiar en nuestra nación y que no todo está podrido, glosa lo que dice Shakespeare en *el Hamlet*, que no todo está podrido en el Estado de Dinamarca.

Creo que el Senado de la República ha reconocido ahora a un héroe de otra dimensión, a un héroe de naturaleza diferente, a un hombre que podríamos llamar, si me es lícito usar esta expresión, un héroe intelectual, un hombre que hizo de la palabra su herramienta de trabajo. Porque fue la palabra el instrumento propio de Ernesto de la Peña, sin que le importara el sonido de la voz ni el signo gráfico con el que esa palabra hubiera sido reproducida. Para Ernesto de la Peña, la palabra, la voz salida de la garganta de todo hombre (sea hindú o hebreo; francés o italiano; egipcio o alemán; árabe o mexicano); el signo gráfico que esa voz asumía (de modo fonético, silábico, ideográfico o jeroglífico) era lo decisivo: porque mostraba a los hombres que se agitaban dentro de ella.

Si el Senado de la República ha valorado, por encima de otros rasgos, en este caso, el mérito que tiene un trabajo honesto, callado; el enorme valor acumulado que posee la labor de un hombre excepcional, de un hombre que fue enemigo de estridencias, de un intelectual sumergido en el silencio profundo de su biblioteca, lo volveré a decir, algo, y en un sentido profundo, empieza a cambiar en el fondo de nuestra nación. Añado: para bien.

Ernesto de la Peña asumió, y en grado sumo, el rasgo fundamental de todos los humanistas: la comprensión de los otros, el respeto por los conceptos ajenos, el don de esa virtud que en ocasiones semeja lo contrario de lo que contiene la lucha política. Hablo de una virtud extraña, la virtud de la tolerancia, que a Ernesto de la Peña le era connatural y que jamás asumía desde un



supuesto espacio superior; por el contrario, siempre se situaba a la altura de los hombres, sin que le importara su nivel cultural o su profesión de fe.

Ernesto de la Peña era agnóstico. Descreía de la existencia del alma y de la vida ultraterrena; tenía una visión amplia de la historia de las religiones; quizá por eso no aceptaba que hubiera algún dios, ni vengativo ni amoroso, que se ocupara de los mínimos asuntos de los hombres ni de los mayores problemas del universo. Por esta causa, porque abarcaba la totalidad del mundo religioso y se interesaba por el pensamiento mítico; porque estudiaba con igual pasión el pensamiento de los vedas que el de los cristianos; los mitos y la religión de los antiguos egipcios que los mitos y la religión de los caldeos, Ernesto de la Peña era respetuoso de las opiniones y las creencias ajenas. Acaso no compartiera esas creencias, pero no es menos cierto que las examinaba con profundo respeto. Jamás anidaba en su ánimo una ofensa; nunca le oí hacer burla de opinión alguna, a pesar de que le pareciera absurda, falsa o inadmisibles. No era un hombre religioso y, sin embargo, gozaba al estudiar los conceptos religiosos o las imágenes del pensamiento mítico. Diré, por esto, que su curiosidad no conocía límites y que su avidez de saber era casi infinita.

Quisiera decir, por último, que este hombre, este gran humanista, Ernesto de la Peña, le rindió a la Academia Mexicana de la Lengua lo mejor de sí mismo; que en ella prodigó su sabiduría y sus consejos, que nunca escatimó su talento y nos lo dio, a raudales. Lo propio, añadido, hizo en sus programas de radio y en sus charlas de televisión, tarea que le permitió ampliar el círculo de sus enseñanzas (que la gente seguía, me consta, con unción). Por todos estos motivos, creo que el Senado de la República ha tomado una decisión correcta, que celebre con júbilo, al reconocer el trabajo silencioso y limpio de un enorme humanista. Muchas gracias.

Ciudad de México, noviembre de 2012

III. ENTREGA DEL XXVI PREMIO

INTERNACIONAL MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

Al atisbar la vasta producción escrita de Ernesto de la Peña, asombra, acaso en un primer término, su carácter multifacético (que él calificaría, sin duda alguna, con el mejor adjetivo de *proteico*). La obra de Ernesto de la Peña, en efecto, se ocupa lo mismo de rastrear, en la historia y en la literatura, los diversos sentidos de esa flor que no puede reproducirse en el hemisferio sur ni traspasar el límite del Ecuador, quiero decir, *la rosa*, en lenguas que oscilan del hebreo al griego y el latín, del árabe al inglés y el alemán, del italiano al español y el francés; que de traducir, en forma directa, del sánscrito, un conjunto de consejos políticos que culmina en una visión

orgánica del Estado hindú (*mandala*); que de verter al español, una vez más, desde el original griego, los cuatro evangelios cristianos, con múltiples notas aclaratorias (que son, en lo esencial, de carácter filológico e histórico).

Sí, es verdad, el dominio de tantas lenguas (muchas de las cuales pertenecen a familias diferentes y carecen de parentesco entre sí); el conocimiento profundo de asuntos tan diversos, puede causarnos espanto. En tal sentido, podría decirse de Ernesto de la Peña lo que sus contemporáneos decían de Picco Della Mirandola, a saber, que era *un monstruo de la naturaleza*, si entendemos esta palabra, la palabra *monstruo*, en su sentido original de *portento* o de *prodigio*, o sea, como una manera de *mostrar al mundo* un hecho insólito. De la Peña es, desde luego, me apresuro a decirlo, un hombre insólito. Lo sería en cualquier lugar del planeta; lo es, aún más, en un país como el nuestro, muy alejado, por desgracia, del cultivo de las lenguas clásicas, por no decir de las lenguas orientales (del Cercano y del Lejano Oriente).

Pero no sólo nos asombra el carácter proteico de su obra. Es preciso añadir que nos asombra por igual otro hecho: lo tardío de su escritura. Me explico. Da la impresión que De la Peña se hubiera dedicado sólo durante largos años a la lectura, a la paciente y tenaz asimilación de sus conocimientos. Parece como si un tema le condujera a otro y que, sin embargo, ninguno le satisficiera por completo. Nos da la impresión, por así decirlo, de que, agotada, si es que se puede agotar, la lectura de Homero, esa lectura le llevara a otra (a la epopeya de Gilgamesh) y ésta, a su vez, a otra (a la lectura de los *Analecta* de Confucio) y ésta a un remoto texto sánscrito (el de Kautilya, el llamado Maquiavelo hindú). La curiosidad intelectual de Ernesto de la Peña no ha conocido, pues, límite (su avidez tampoco).

Empero, esta avidez de conocimientos no dio como fruto, durante muchos años, escritura alguna. Debo advertir que las obras fundamentales de Ernesto de la Peña empezaron a ser escritas cuando nuestro autor había rebasado el medio siglo de vida y varias han sido publicadas a sus sesenta, a sus setenta, a sus fructíferos ochenta años de vida. Hasta cumplir seis decenios de vida, Ernesto de la Peña fue, en lo esencial, un hombre que se prodigó en la conversación o la charla erudita, en breves notas dispersas en revistas, en pláticas de radio o de televisión. De su boca brotaban (brotan aún, desde luego), como de un manantial inagotable, sentencias, refranes, noticias de todo tipo (igual de la vida cotidiana que de la vida literaria).

¿Por qué, cabe la pregunta, su producción *escrita* es tan tardía? ¿Exceso de autocrítica? Acaso. ¿Certeza de que todo había sido dicho ya por otro autor? Quizás. Advierto un hecho sintomático: Ernesto de la Peña sabe, al modo socrático, que nada sabe porque *los demás, los otros*, lo saben todo (y ya lo han dicho y ya lo han escri-

to). Así asumió, poco a poco, la convicción de que le era preciso entrar en los intersticios de esos conocimientos, hacer algún apunte, colocar una apostilla en un texto clásico, releer lo ya leído. Durante largos años, Ernesto de la Peña fue un maestro de la oralidad (añado: lo sigue siendo, porque habla con una soltura y una precisión increíbles, sin cometer jamás un dislate, sin tener nunca un solo *lapsus linguae*). ¿Por esa causa ha brotado en él esa pasión por maestros, en el sentido mayúsculo de esta expresión, de carácter ágrafo?

Ernesto de la Peña admira sobremanera a estos maestros de la humanidad que jamás escribieron una línea. Confucio (Kong-fu-si, el Gran Maestro Kong) sólo nos es conocido por las sabias palabras que de él conservaron sus discípulos; de Jesús nada sabríamos si algunos apóstoles no hubieran recogido en los *Evangelios* sus enseñanzas; si Sócrates no hubiera vertido, en los oídos atentos de Platón y de Jenofonte, sus diálogos, ¿qué sería de sus doctrinas? Y las tesis de Mahoma, ¿qué serían si su yerno no las hubiera escrito en los omóplatos de los camellos?

Ernesto de la Peña, a diferencia de los maestros que he mencionado, ha sido el testigo de sí mismo y se ha prodigado, en los últimos años, en textos admirables. Ya señalé su traducción directa de los *Evangelios* y las riquísimas notas con que los acompaña. Añado que, a partir de esa misma traducción, como si saltara un escollo o como si considerara su deber extraer un escolio, De la Peña escribió otro libro, *Las controversias de la fe*. No puedo dejar de mostrar, en éste como en otros casos, mi decidido asombro. De la Peña es un agnóstico; descrea, como diría Borges, de toda certidumbre. Pero en modo alguno le son ajenos ni el sentimiento religioso ni el pensamiento mítico y los ha estudiado con pasión. Añado que sus logros superan y desbordan, con mucho, mis escasos conocimientos en esas materias y que, por esta causa, me es imposible seguirlo en sus divagaciones. Son más cercanos a mis afanes otros libros de Ernesto de la Peña dedicados a la literatura homérica o a la cervantina. Pero no dejo de admirar, aun en aquellos que me resultan remotos (el dedicado a Kautilya y el Estado hindú como *mandala*) su vasta erudición y su pasión desbordada. De igual manera, aun cuando me resulte por completo ajeno el sentimiento religioso, me conmueve la manera como se enfrasca en la versión de un profeta de nivel secundario, Tomás, y el examen minucioso de su texto. Acaso lo propio habría que señalar respecto de un libro mayor, *El centro sin orilla*, en el que se goza al analizar matices que encuentra en religiones monoteístas. Se mueve con soltura pasmosa entre la *Biblia* hebrea (leída en su idioma original), los *Evangelios* cristianos (que traduce, lo dije, del griego antiguo), los himnos védicos (que lee en sánscrito), las tesis de Zaratustra (que lee en avéstico) y el *Corán* (leído en árabe).

No puedo dejar de señalar, para concluir, que Ernesto de la Peña ha escrito narraciones y poemas admirables (de éstos se ocupa, por cierto, uno de nuestros poetas mayores, Eduardo Lizalde, y poco puedo añadir a su perfecto comentario). Empero, esos poemas y esas narraciones, con ser, como lo son, en varios sentidos, ejemplares, no producen el infinito pasmo que producen en nosotros estos otros textos plagados de hallazgos inauditos, digo, los extraordinarios ensayos a los que hice referencia. Ernesto de la Peña es un hombre que *sabe* y que, al propio tiempo, goza de la vida. La voz latina *sapientia* fue el neologismo por el que se tradujo la palabra helena σοφία; acuñada por Ennio dio, en español, nuestra voz *sabiduría*. Me interesa destacar un aspecto. Σοφία guarda un vínculo estrecho con el trabajo y la habilidad manuales. En cambio, *sapientia* se asocia al verbo saborear y, por lo tanto, a la lengua. La lengua, como órgano de la fonación (γλωσσα), difiere de la lengua en tanto que idioma o instrumento de la razón (λογος). Sin embargo, en Ernesto de la Peña han sido unidos el sentido del gusto y la pasión racional. Por consecuencia, como lo dijo Terencio, a Ernesto de la Peña *nada humano le es ajeno*.

*El Colegio de México,
Ciudad de México, 6 de septiembre de 2012*

IV. AHORA Y EN LA HORA DE LA MUERTE DE ERNESTO DE LA PEÑA

Apenas el jueves pasado celebramos, con un júbilo enorme, la entrega del XXVI Premio Internacional Menéndez Pelayo a Ernesto de la Peña. Cuatro días más tarde asistimos, con un dolor que no conoce término, a la tremenda noticia de su muerte.

¿Cuántos hombres habitan en nosotros? Somos a la vez, todos y cada uno de nosotros, un hombre y muchos hombres. ¿De qué diversas materias estuvo hecho, pues, el hombre *proteico* que respondía al nombre de Ernesto de la Peña? Políglota insaciable, especie de dios niño, una suerte de dios infantil y perenne que jamás conoció el aburrimiento, un dios niño, siempre sonriente, que se divertía al jugar con las palabras: eso, y mucho más que eso, fue nuestro queridísimo Ernesto de la Peña. Porque también fue un sabio humilde y sereno, un Sócrates de silencios y de palabras precisas, un Confucio del que manaban constantes enseñanzas, el hombre bondadoso que se prodigaba en la amistad, el hombre dulce que, sin embargo, no imponía su indudable autoridad.

Quisiera recordar, de la escasa producción poética de Ernesto de la Peña, tan sólo unos cuantos versos, en los que se palpa su audacia de invención. Hablo de unos versos de la “Balada del ventrílocuo mudo”. Advier-

tase, en el mismo título, la paradoja, la contradicción, el tropo que llamamos *oxímoron*: la voz de un hombre que no parece salida de sus labios sino de su vientre, la voz de una persona que viene de *otro lado*, que se acerca a nosotros desde lejos o desde distintos sitios a la vez (y que es muda, sin embargo). Lo que cito se edifica de modo consciente sobre paradojas y oposiciones: “Profiero, tartamudo, ciego de voz, manco de sonidos, / las sílabas vacías... / garganta atribulada, / glotis desnuda a fuerza de palabras...”.

La voz, que es un sonido articulado, aparece como un signo de la vista (dice Ernesto: *ciega*, o sea, *ciego de voz*); al propio tiempo, se nos ofrece, él, *manco de sonidos*, digo, tullido del brazo; pero esa falta se atribuye, una vez más, a la palabra que se dice, a la palabra que se profiere. Luego, la garganta, *a fuerza de palabras*, ha quedado *desnuda*. Ernesto de la Peña ha construido, como pueden ver, un complejo sistema de oposiciones semánticas pleno de riqueza y que yo, de modo inútil, he intentado mostrar ante ustedes.

Cuando se lee la obra *escrita* de Ernesto de la Peña, lo primero que asombra es lo vasto y al propio tiempo lo múltiple de sus conocimientos. Textos leídos en lenguas que carecen de parentesco entre sí; movimiento constante entre lenguas muertas y lenguas vivas; oscilaciones que van del sánscrito al griego y al latín, del árabe al arameo, del español al francés, del alemán al italiano. Pero toda esa vasta y asombrosa producción *escrita* es sólo la punta del *iceberg*: por debajo de ella, en la profundidad del océano, palpita una montaña de palabras *dichas*, que se conservan en los archivos de la radio y la televisión. Es necesario acudir a estas fuentes para traducir, de la oralidad a la escritura, la palabra *dicha* (insisto: la palabra de *dicha*) de Ernesto de la Peña: nada perderá su palabra *dicha* si se transforma en palabra *escrita*: salía perfecta y precisa del cerco de sus dientes.

Al propio tiempo, será imprescindible, pasadas estas graves horas de duelo inevitable, querida María Luisa, que trabajemos en los archivos electrónicos y en los archivos manuscritos de Ernesto de la Peña. Estoy cierto de que tu sentido del orden y la disciplina, el amor que te unió a Ernesto harán posible entregar a nuestra cultura el fruto maduro de los trabajos, aún inéditos, de Ernesto. La Academia Mexicana de la Lengua, a la que brindó Ernesto el mejor de sus afanes, ofrece contribuir, en la medida de sus fuerzas, querida María Luisa, para que se publiquen esos hermosos trabajos. Acaso, antes que ningún otro, aquél en el que se hallaba inmerso en los últimos días de su vida, y del que leyó páginas certeras y valiosas en nuestra Academia. Hablo del trabajo a propósito de Rabelais, otro sabio risueño y vital, como el propio Ernesto.

He perdido a un amigo entrañable. Por encima de mi pérdida personal, he de decir que la Academia Me-

xicana de la Lengua ha recibido un golpe brutal, del que le será difícil recuperarse. Aun por encima de la pérdida que sufre nuestra Academia, añadido que nuestro país ha perdido a un hombre insustituible e insólito.

Quisiera que recordáramos a Ernesto de la Peña como siempre fue, como un hombre enamorado de la vida; que sabía gozar de un buen vino lo mismo que de un gran poema; que sabía compartir la alegría de vivir con sus amigos; que gozaba igual de la música que del amor; que poseía un increíble sentido del humor; que se podía reír de sí mismo con la misma compasión que de sus seres queridos.

Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace, un varón *tan claro, tan rico de aventura*: tardará mucho tiempo en nacer un hombre tan audaz, tan tierno, tan imprescindible como Ernesto de la Peña.

Palacio de Bellas Artes,
Ciudad de México, 11 de septiembre de 2012 **U**

